



CHIVO IMPERIAL

A Nixon le tocó la china como pudo haberle tocado a otro. Norteamérica, los demócratas y los republicanos de Norteamérica, los periodistas de Norteamérica, los jueces de Norteamérica, las sibilas, arúspices, magos y detectives de Norteamérica llevaban demasiado tiempo sin averiguar nada, ni siquiera lo que estaba a la luz del día. Y le tocó la china a Nixon. Mala suerte. Se cargan a tiros a un presidente, y no se averigua nada. Le vuelan la cabeza a su hermano, cuando iba lanzado hacia la Presidencia, y es un misterio indescifrable. Asesinan a Lutero King, que era un negro que tenía el alma blanca, y todo el mundo disimula. Queman con napalm a los niños vietnamitas, y nadie se molesta en dejar de mascar chicle. Y de pronto llega el pobre Nixon, contrata a unos fontaneros, y se organiza un Watergate de tamaño natural. Entonces va Nixon, se despide por televisión, y llora. Es que es

para gemir. A mí como si se cargan la estatua de la Libertad. Pero, vamos, que Nixon vaya a resultar ahora el malo de la película, el Billy el Niño de un Oeste paradisiaco, eso no me lo creo. Norteamérica será un paraíso, pero desde luego el pecado de Nixon no es el pecado original. Lo único original que tiene es lo de las cintas. Si yo me entero algún día de que Adán y Eva grabaron su pecado original, me hago descendiente del mono «ipso facto». Da la sensación de que la idea fija de Nixon no era come-

ter delitos, sino dejar huellas. Tan fija parece ser que era la idea, que hay más huellas que delitos. Y esto sí que es de una originalidad asombrosa, un caso orgiástico de masoquismo. Un ciego sordomudo al que le faltase el olfato lo hubiese atrapado mucho antes que el Sherlock Holmes ese del fiscal general, o como se diga. Así se las ponían a Fernando VII. Hacía falta un chivo para el imperio, un chivo expiatorio, alguien de quien por fin se pudiese averiguar algo, y le tocó a Nixon. Y este hombre, por oficiosidad patriótica, por celo en el servicio, amontonó más pruebas de las necesarias. Esto es lo que hizo dudar a los jueces durante tanto tiempo. Con unos cuantos indicios y dudas razonables hubiera bastado. ¡Pero con tantas pruebas era excesivo! Y más que excesivo, inverosímil. Menudo contratiempo. Pero había que echarle, y lo echaron.

LICANTROPO

